

var sus preceptos, y amarle hasta la muerte con todo nuestro corazon y nuestra alma. Asi será nuestra herencia, nos resucitará gloriosos, y reynaremos con Jesu Christo por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SERMON

DE S. ANTONIO ABAD,

PREDICADO EN GRANADA
en el año 1800.

Certamen forte dedit illi, ut vinceret.

Sapient. 10. 12.

Dióle una fuerte lucha, para que venciese.

Asi habla, sabios y respetables Prelados, congreso ilustre de varones perfectos, igualmente religiosos que ilustrados, asi habla el Espíritu Santo en elogio del Patriarca Jacob, cuando volviendo de Mesopotamia, luchó toda una noche con el ángel, sin que pudiese éste prevalecer; y las mismas palabras no dudo yo aplicar en esta hora en recomendacion del grande Antonio, este héroe de la religion de

Jesu Christo, que tantos y tan fuertes combates sostuvo en el desierto y en el mundo, sin dexarse jamas vencer. Es verdad que no luchó con el ángel del Señor como Jacob; pero combatió de poder á poder mas de una vez con el ángel de tinieblas satanáas, cuya terrible potestad no tiene igual sobre la tierra, segun la expresion del santo Job, prevaleciendo siempre contra él y todas sus huestes infernales; de suerte que puede contarse el número de sus victorias por el de sus combates. Ni fueron menos vigorosos y terribles los ataques que sostuvo de parte del mundo y de sí mismo; ni inferiores los triunfos que alcanzó de estos enemigos importunos y domésticos, que tantas veces han postrado por tierra á los cedros poderosos del Líbano; es decir, á varones en santidad muy eminentes.

Para manifestaros pues las célebres victorias de Antonio en todos sus duros y freqüentes combates me basta,

señores, recorrer sumariamente la admirable vida de este héroe, que dexó á la posteridad su íntimo amigo San Atanasio. Por ella vereis la fuerte lucha que sostuvo por mas de noventa años para triunfar del mundo, de sí mismo y del demonio: tres breves reflexiones que dividen la materia de su elogio, y que van á ser objeto de vuestras atenciones y de mis débiles conatos.

Infundid ;ó mi Dios! en mis labios palabras de eficacia y de vida para que dignamente os publique glorioso en vuestros santos. No atendais, Señor, á mi indignidad, sino á los méritos de vuestro fiel siervo Antonio, y al bien espiritual de este numeroso pueblo, ansioso de vuestra doctrina. Renovad hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Asi rendidamente os lo pedimos por la poderosa proteccion de vuestra augusta Madre y nuestra María Santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave María.*

Certamen &c.

La vida del hombre, decia el Santo Job, es un combate sobre la tierra; y ninguno será coronado, como afirma S. Pablo, si legítimamente no pelea; es decir, si ayudado de la divina gracia, no triunfa de sus enemigos. Estos, como nos enseña la doctrina, son el mundo, la carne y el demonio. Con ellos debemos combatir desde que tenemos uso de razon hasta el último aliento de nuestra vida, y sin vencerlos finalmente no podemos ser salvos. Por esta causa nos recomienda tanto Jesu Christo la vigilancia; pues en cualquier momento de descuido prevalecerán nuestros capitales enemigos, y nosotros perderemos el fruto de todas nuestras buenas obras. Todo el que entra en la lucha, dice el Apóstol, se abstiene de todas las co-

sas; y si esto, añade, hacen estos para alcanzar una corona corruptible, ¿qué deberemos hacer nosotros para conseguir la inmortal? S. Gregorio el Magno no duda afirmar, que para entrar en esta lucha ó combate debemos ir desnudos de toda afeccion terrena y bienes falaces del mundo.

Penetrado Antonio de estas grandes verdades desde los primeros años de su juventud, declaró una cruda guerra á todos los enemigos de su salud eterna. Los templos, la oracion, los ejercicios de piedad eran las delicias de este jóven Daniel. Sus padres no menos piadosos que ricos le apartaron desde luego de los tabernáculos de los pecadores, educándole segregado de todo comercio humano, para que los malos exemplos no pervirtiesen su inocencia. Por manera que llegó á ser adulto sin la mas leve tintura de literatura humana, ni saber mas idioma que el nativo. Pero compensaba esta falta su modestia, su veneracion en la Iglesia,

y rendida obediencia á sus padres.

Por muerte de estos, y aun cuando no tenia veinte años, heredó considerables riquezas, las cuales empezó á administrar fielmente, pues en vez de disiparlas como los hijos pródigos de todos los siglos, las invertia en la manutencion y decencia de una hermana doncella, y alivio de los pobres. Mas estando á pocos dias en el templo oyó cantar las palabras de Jesu Christo al jóven rico que le consultaba sobre el camino de la perfeccion; conviene á saber: *Si quieres ser perfecto, ve, y vende todo lo que tienes, y ven, y sígueme.* Al punto, en vez de entristecerse como el jóven del Evangelio, oye como otro Samuel, y obedece como otro Pablo. Vendió pues toda su hacienda, y colocada su hermana en una clausura de vírgenes, distribuyó todo el demas producto á los pobres para poner su tesoro en el cielo, á cubierto de todo latrocinio.

¿Pensais, señores, que Antonio se

contenta con esta resolucion generosa? ¿con triunfar, digo, del brillo seductor de las riquezas? Nada menos. Para vencer completamente al mundo huye presuroso á la soledad, donde habla Dios al corazon, y se sepulta vivo en las entrañas de la tierra. Figuraos por un momento al jóven Antonio en el desierto. El fondo estrecho de una roca, rodeada de precipicios, es su habitacion ordinaria. Su alimento son las yerbas, ó un poco de pan y agua, cuanto se necesita para no desfallecer. Su vestido pieles toscas, ó las hojas de las palmas, que le sirven mas bien de silicio que de abrigo. El ayuno, la oracion y la vigilia es su freqüente ocupación, y el trabajo de manos su descanso; de suerte, que su vida no solo es una total privacion de todos los placeres, sino una penitencia continua y rigurosa.

¿Juzgais por ventura divisar un animado esqueleto de mortificacion?

¿Ah! señores, sin embargo de no

comer jamas hasta puesto el sol, y pasados á veces tres y cuatro dias, este nuevo Daniel se mantenía con vigor, y con un semblante alegre y risueño manifestaba la rectitud y paz interior que reynaba en su corazon. El dulce canto de las aves, el mormullo de los arroyuelos, la frondosidad y lozanía de los árboles, la suavidad y fragancia de las flores, el cielo, este libro abierto de las maravillas del Señor eran otros tantos poderosos estímulos para tributarle las mas rendidas alabanzas. Como abeja solícita, dice S. Atanasio, recorría las habitaciones de los Monges para imitar en cada uno de ellos las virtudes en que mas sobresalian; la continencia de éste, la alegría espiritual del otro; de éste la mansedumbre, de aquel la vigilancia; de uno la industria; de otros en fin la paciencia, el amor, la caridad. Por medio de una vida tan laboriosa no solo triunfó del mundo, sino tambien de sí mismo:

segunda reflexion de este discurso.

II. Vencerse á sí mismo, dice un sabio filósofo, es la primera y mas difícil de todas las victorias de un héroe; porque trae consigo dos ventajas, como se explica Tertuliano; una, la gloria de agradar á Dios; otra, el gage de vivir eternamente. Mas este es un combate muy duro, expuesto á los mas vigorosos ataques del enemigo mas obstinado é importuno. Hablo del de la rebelion de las pasiones, y de aquella formidable concupiscencia de que tanto se lamenta S. Pablo, aun con todas las gracias de su Apostolado. Yo, decia, experimento en mis miembros una ley tan imperiosa é inflexible, que se opone á toda mi razon, y me cautiva en el pecado: huyo del bien que deseo, y executo el mal que aborrezco: quiero lo que no quisiera, oponiéndome á mis ardientes deseos. Hásemelo dado el estímulo de mi carne, este ángel de sataná, que me maltrata y

me persigue hasta el cielo, donde he fixado mi morada. ¡Infeliz de mí! ¿Quién romperá los vínculos que me ligan á este cuerpo mortal y criminal? Queramos ó no, dice el grande Augustino, la concupiscencia se rebela contra la razon, la carne se enfurece á pesar nuestro, nos solicita, nos atrae, nos molesta, nos deleyta, nos domina, nos arrastra, nos precipita.

Antonio pues, para combatir con enemigo tan nocivo é importuno, se arma con la oracion y con la penitencia, estos dos invencibles escudos tan recomendados por Jesu Christo contra todas las tentaciones. Verdadero imitador de S. Pablo, castiga su cuerpo, y lo reduce á servidumbre. A la penitencia hace suceder la oracion, á la oracion el ayuno, al ayuno las vigiliass, á las vigiliass el trabajo de manos, al trabajo de manos la visita de los solitarios que vivian baxo su direccion; y cuando daba algun breve descanso á sus miembros,

era sobre el duro suelo, y vestido de un cilicio interior, que mas le servia de instrumento y lecho de penitencia, que de consuelo y refrigerio. Asi domaba la rebelion de sus pasiones y apetitos, viviendo sobre la tierra como si no estuviese en carne mortal, adherido á las virtudes, al cielo y á Dios, como si fuese un ángel, ó mortificando su carne, como si fuera insensible.

Entrad, os ruego, con la consideracion en las bastas malezas de la Tebaida, y hallareis á otro Elías exterminando en persona de los Arrianos á los falsos profetas de Baal; á otro Eliseo llevando consigo la capa del venerable Pablo, primer Ermitaño; á otro Bautista, predicando y haciendo penitencia; á otro Moysés, conduciendo por los desiertos de Egipto al pueblo escogido de Dios; á otro Josué, guiando á los verdaderos Israélitas, y dirigiendo sus combates, para que entrasen á poseer la tierra

de promision; hallareis en fin un hombre extraordinario, que vive siempre para Dios, porque no supo vivir para sí solo en el mundo, como se explica el Crisólogo.

El zelo de la honra del Señor le devoraba, poniendo los mayores conatos en conducir almas al cielo. Amonestaba á sus discípulos á que tuviesen siempre la eternidad en su memoria, para refrenar los apetitos de la carne; que reflexáran todas las mañanas, que acaso no vivirían á la noche, porque ignoraban la hora y el día de la venida del supremo Juez, que temiesen cada noche no llegar acaso á la mañana, porque el número de los meses y días está en manos de Dios; que dirigiesen cada una de sus obras como si fuera la última, porque la hora de la estrecha cuenta solo el Señor la sabe.

Estas saludables máximas producian todo su efecto en los discípulos de Antonio; de suerte que la soledad florecía como el lirio, segun la expresion

de Isaías. Sí, señores, aquellos horribles desiertos del Egipto, por donde los Israélitas anduvieron errantes el espacio de cuarenta años, consagrados despues con las plantas y adorable presencia de Jesu Christo, fugitivo de Herodes, vinieron en tiempo de Antonio á convertirse en un delicioso paraíso, donde una infinidad de eremitas hacian resonar en dulces cánticos é hymnos las alabanzas de su Criador. ¡Qué gloria para Antonio ser conductor y xefe de tantas almas, para introducirlas en la verdadera tierra de promision!

No contento pues con ser víctima de la mas austera penitencia, para sujetar la rebeldía de su carne, hecho todo para todos como otro Pablo, instruye á sus discípulos, los corrige, los alienta, los confirma en su vocacion, los edifica con su humildad y aspereza de vida, los consuela en fin en sus tribulaciones. En vano el demonio le declara una cruda y abierta

guerra. Antonio, que ayudado de la gracia de Dios, ha triunfado del mundo y de la carne, va tambien á aplicar á sataná al carro de sus gloriosos trofeos. Lo vereis demostrado en la tercera y última reflexión. Seguidme sin desmayar.

III. El príncipe de las tinieblas, dice el Apóstol S. Pedro, anda continuamente al rededor de nosotros como un leon rugiente, buscando á quien devorar, y sus mayores asaltos se dirigen contra las almas justas para derribarlas de la gracia, envidioso de su eterna felicidad. Las obras de Antonio eran muy luminosas para que se pudiesen ocultar á un espíritu tan vigilante, tan perspicaz y comprehensivo. Observa desde luego un jóven que renuncia del mundo, de sus placeres y dignidades, que vende su rico patrimonio, y lo reparte á los pobres, que huye á la soledad, y se encierra en una gruta, como inocente paloma en los agujeros de las peñas, que em-

prehende una vida laboriosa, mortificada y penitente, conduciendo á otros muchos por las mismas sendas.

Prepara pues sataná todas sus máquinas, usa de toda su astucia, ordena todas sus legiones, y tiende todos sus lazos para derribar la fortaleza de Antonio, y precipitarlo en el abismo del pecado. Ya le pone delante las muchas buenas obras que hubiera podido hacer en el mundo con sus riquezas, ya la falta de caridad consigo mismo en su dura constitucion, que no es extraño en esta bestia infernal, hacer de teólogo para alucinar con su falacia á los incautos, ya le combate de dia y de noche con pensamientos impuros y representaciones obscenas, ya le maltrata de obra, dexándole casi muerto, ya procura asustarle con horribles visiones y espectros. Mas siempre le resiste, le confunde y le ahuyenta este nuevo Job de la ley de gracia.

Permitidme, señores, hacer el pa-

ralelo. Satanás pide licencia á Dios para tentar á Job; igual permiso tuvo en órden á Antonio. El Señor prohibió al demonio atentase contra la vida de Job; la misma prohibicion se le intimó en órden á Antonio. El demonio maltrató á Job, cubriéndolo de llagas de pies á cabeza; lo mismo executó con Antonio, llenándole todo su cuerpo de heridas, hasta dexarlo casi muerto. Job fué maltratado por satanás príncipe de los demonios; Antonio lo fué por este mismo acompañado de una legion entera. El demonio se manifestó á Job; y tambien á Antonio muchas veces, ya en persona de un jóven, ya de una muger desenvuelta y lasciva, ya disfrazado en ángel de luz, ya en figura de osos, tigres, leones y otras bestias feroces. Pero en lo que mas perfectamente convienen, es en que en ninguna de estas ocasiones, ni Job ni Antonio pecaron con sus labios.

Aquel, lleno de conformidad ex-

clamaba: si de mano del Señor recibimos los bienes, ¿por qué no recibiremos tambien los males? Sea bendito el nombre del Excelso; y Antonio en sus mayores tribulaciones decia con David: bendito sea el Señor Dios mio, que instruye mis manos para la lucha, y mis dedos para el combate.

Sí, señores, Antonio con sus manos y dedos prevalecia siempre del comun enemigo. Con sus manos tomaba las disciplinas para humillar su cuerpo y reducirlo á servidumbre: con sus dedos formaba la señal de la cruz, instrumento de nuestra salud, y con ella disipaba todas las ilusiones del demonio.

Creedme, decia á sus discípulos, satanás teme mucho el ayuno, la oracion, la humildad y las buenas obras, ni aun es capaz de cerrar mis labios cuando hablo contra él. Las ilusiones del diablo presto se desvanecen, especialmente si el hombre se arma con la señal de la cruz. El demonio tiem-

bla en su presencia, porque nuestro Salvador por medio de este adorable instrumento triunfó de él, le desarmó y ligó en el abismo. En una de estas ocasiones en que los demonios le habian dexado casi exánime, tendido en el suelo por no poderse mantener en pie, los desafiaba diciéndoles: *Miradme, aqui estoy, haced todo quanto podais contra mí, nada podrá jamas separarme de Christo mi Señor.*

Tanto ascendiente tomó Antonio sobre sataná, que en una de estas apariciones le confesó estar vencido. ¿Pero qué mucho, si los demonios eran arrojados del cuerpo de muchos energúmenos, con solo invocar el nombre de Antonio? Dios, que es la misma fidelidad por esencia, y la verdad por naturaleza, así se lo habia prometido diciéndole: *porque has resistido con magnanimidad á tus enemigos, siempre te protegeré, y haré tu nombre famoso en toda la redondéz de la tierra.*

En efecto, Antonio sepultado en las

entrañas de la tierra, viene á ser célebre en Egipto, en Africa, en España, en Francia, en el Ilirico, y aun en la misma capital del mundo Roma, como afirma S. Atanasio; y los mundanos entregados al comercio del siglo, apenas son conocidos de todo un pueblo, y á veces cuando lo consiguen, mas es por lo notorio de sus vicios, que por el mérito de sus virtudes. Le visitan los Obispos, y Obispos como el grande Atanasio; le escriben los Emperadores, y Emperadores como el gran Constantino y sus hijos, cartas llenas de humanidad y de reverencia filial. Todo el mundo busca al hombre de Dios, al vencedor del demonio, al gefe de las almas justas. Gentes de todas edades, de todas condiciones y estados corrian á porfia al desierto, para decirle como el ejército de Judá al célebre Macabeo: *tú serás nuestro gefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes.*

¿Pero digo el pueblo fiel? Hasta los

mismos filósofos gentiles y hereges arrianos iban á visitarle movidos de la fama de su nombre. ; A cuántos no convirtió haciéndoles ver la certeza y seguridad de la religion christiana, confirmándola en presencia de ellos con milagros, y ahuyentando con la señal de la cruz al demonio que los poseía!

Sería no acabar si hubiese de referir por menor todos los ilustres trofeos que erigió Antonio del mundo, de la carne y de satanás. Basta decir que Dios le asistió en todos los recios combates que le dieron estos poderosos enemigos, para que triunfase siempre de ellos; del mundo, renunciando de sus riquezas, vanidades y placeres; de la carne, con la oración, la humildad y la mortificacion; del demonio, con el ayuno, la penitencia y la señal de la cruz. *Certamen forte dedit illi, ut vinceret.* Digno por tanto de la veneracion de la Iglesia, de la aclamacion de los pueblos, y de la invocación é imitacion de los fieles.

A vos pues, ¡ó Santo Patriarca! padre y modelo de los eremitas y héroes de la penitencia, á vos recurren hoy postrados vuestros hijos, implorando vuestra mediacion para con el Dios de las misericordias, á fin de que eche sobre nosotros una mirada favorable, capaz de consolar la tribulacion de la Iglesia y del Estado en las presentes circunstancias. No veamos por vuestra intercesion ¡ó tutelar de esta casa! entrar por ella incircuncisos de corazon que profanen las aras de Dios vivo. Sea este suntuoso y magnífico tabernáculo, erigido con tantas contradicciones y afanes, y que hoy se consagra por la primera vez al Rey inmortal de todos los siglos, sea, repito, un monumento eterno de la piedad de los bienhechores, y de la solicitud de los agentes y operarios, que sin perdonar gastos, confiados únicamente en Dios, le han llevado hasta su conclusion en breve tiempo. Veán pues

las generaciones posteriores hasta la consumacion de los siglos, sacrificarse en él por la salud del género humano el cordero sin mancha, que quita los pecados del mundo, Jesu Christo Sacramentado, á quien se debe el honor, la gloria, la alabanza y la accion de gracias por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SERMON
DE ROGATIVA
POR LA PESTE,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD
de Granada á 29 de Octubre de 1800.

*Custodite sabbata mea, et pavete ad
Sanctuarium meum. Ego Dominus.*
Levit. XXVI. 2.

Guardad mis sábados, y tened pa-
vor á mi Santuario. Yo el Señor.

Tales son las palabras con que formó Dios su exordio, quando por ministerio de Moyses, determinó anunciar á su pueblo sobre el monte Sinái los premios que debian esperar los que obedeciesen sus preceptos, y los

Tom. VI.

K